

CUENTOS DE MUJERES SOLAS

Sherwood Anderson
Flannery O'Connor
John Cheever
Nuria Barrios
Manuel Mujica Lainez
Pedro Mairal
Clarice Lispector
Anton Chéjov
Eça de Queiroz
Oscar Wilde
Guy de Maupassant
Katherine Mansfield
Carlos Fuentes

punto de lectura



Título: Cuentos de mujeres solas

© Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

© De esta edición: enero 2007, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 84-663-1901-8

Depósito legal: B-50.652-2006

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Ordaks

Fotografía de portada: Javier Joaquín / Getty Images

Diseño de colección: Punto de Lectura

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

CUENTOS DE MUJERES SOLAS

Prólogo de Marcela Serrano

Sherwood Anderson

Flannery O'Connor

John Cheever

Nuria Barrios

Manuel Mujica Lainez

Pedro Mairal

Clarice Lispector

Anton Chéjov

Eça de Queiroz

Oscar Wilde

Guy de Maupassant

Katherine Mansfield

Carlos Fuentes

Prólogo

«La soledad es lo más aterrador de todo. Revoloteamos como hojas en el viento y nadie sabe ni le importa dónde caemos y sobre las aguas de qué río vamos flotando», dice Mónica, la protagonista del cuento «Revelaciones» de la gran escritora neocelandesa Katherine Mansfield. Una advertencia: Mónica es una mujer joven y tiene un marido que la adora.

Los hombres han escrito hasta el infinito sobre las mujeres y cuando se refieren a su soledad, lo hacen corrientemente desde un mismo punto de vista: el del vacío del corazón. Solteronas patéticas, cuarentonas desequilibradas, almas errantes sin ancla por carecer de sexo y amor. Cuadros patológicos brillantes, como nos brindan aquí Sherwood Anderson, Guy de Maupassant, Mujica Lainez, John Cheever o Eça de Queiroz: tristes representantes de su género que no supieron dónde buscar el centro cuando la carne murió o cuando se abstuvo de nacer. Es interesante el hecho de que para estos espléndidos escritores —para casi todos, en realidad— la soledad femenina sea sólo aquélla: la determinada por la ausencia del hombre (y, reitero, es el hombre quien escribe). Sus protagonistas femeninas pierden el sentido de la

realidad y la sociedad las apunta: «Ahí va la loca». Dos preguntas válidas para mirar a esta *enajenada*: primero, ¿no intuirá ella —en su fuero interno— que las leyes de lo real las establecieron, las establecen y las establecerán los hombres, dejándola presa de disquisiciones ajenas? Segundo, ¿no será que la locura, al fin y al cabo, es un refugio elegido frente a la agresión que se siente incapaz de resolver?

Uno de los méritos principales de este excelente libro de cuentos es que nos encamina hacia un encuentro amoroso y solidario con diferentes tipos de mujeres que nos regalan aquello que sólo la literatura hace posible: traspasar los límites de nuestra propia vida para penetrar en una ajena, la de cualquiera de ellas, perdiendo por instantes la rigidez a la que nos reduce nuestra cotidianidad, irremediablemente pequeña y limitada. No depende de nuestra voluntad controlar el fenómeno de identificación que nos posee: toda mujer reconoce en la otra, aunque sea con temor, una probabilidad de sí misma.

Tomemos el ejemplo de Alicia, la protagonista de «Una aventura», el cuento de Sherwood Anderson que encabeza esta antología. Repasemos algunos de sus sentires, los que veremos, de una forma u otra, reproducidos en otros cuentos. Ella es una oscura figura que habita un pueblo cualquiera de Norteamérica, trabaja en un almacén de ultramarinos, apenas tiene familia y se ha enamorado de Ned, un muchacho que abandona el pueblo prometiendo volver en su busca... lo cual, por supuesto, nunca llega a concretarse. Alicia, como todas, «ocultaba,

bajo apariencias de placidez, un fermento interior en continua actividad», y así responde a la pasión de su amado: «...se llenó de exaltación, porque la traicionó su deseo de que entrara en su existencia monótona un rayo de belleza». Cuando el tiempo pasa, su intuición le grita a voz en cuello que Ned ya no volverá. Alicia se paraliza en su espera. «Pasaban las semanas, convirtiéndose en meses, los meses en años, y Alicia esperaba todavía en el almacén de ultramarinos, soñando siempre con la vuelta de su amante.» «Ned, te estoy esperando, murmuraba una y otra vez, y el temor que se iba deslizando en su alma, de que no volviese nunca más, adquirió cada día mayor fuerza.» Nada habitaba el alma de Alicia sino la espera, una estatua de sal inmersa en la fantasía caprichosa de sus deseos. Algunos años más tarde, «...haciéndosele insoportable su soledad, se vistió con sus mejores ropas y salió del pueblo. (...) Asaltóle el temor de su edad y de la inutilidad de todo lo que hiciese». Sólo entonces, luego de años y años sumida en la petrificación, la pasividad de Alicia se altera: «Se dio cuenta de que había perdido la belleza y la frescura de la juventud, y se estremecía de temor. En aquel momento tuvo por primera vez la sensación de que la habían estafado». ¿Puede la respuesta de Alicia a esa sensación irradiar sobriedad, equilibrio, sensatez? Dejémosla ya... que la acción hable por sí misma. Pero antes de despacharla, hagámonos la siguiente pregunta: ¿condenaremos a una mujer por haber tratado de introducir un rayo de belleza en su monotonía? Quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra.

Nadie en su sano juicio puede negar que la peor de todas las hambres es aquella del amor y que su ausencia constituye una fuente de enorme soledad para los seres humanos, hombres y mujeres, y quizá más fuertemente para estas últimas, si sus vidas se han desarrollado a la sombra del otro. Todo puede suceder en ese terreno hambriento, se puede creer cualquier cosa, abarcando el baldío lo que sea para poblarse, dándole cabida al más feroz delirio como a la más sutil demencia. Cuando se cuenta con menos vivencias *objetivas*, con menos vida externa, con menos energía y pasión hacia la formación del mundo ancho y con menos participación en el desarrollo de las sociedades, más propensión habrá para tales devaneos, más espacio interior encontrará la miseria. Y como las mujeres conocen bien la historia, distinguen sus posibilidades de inmediato: saben qué manos se apoderaron de todo aquello que no fuera *lo interior*; por lo tanto, se reconocen como las primeras víctimas posibles. Víctimas simbióticas, obsesivas, pegajosas. Luces en el firmamento que no se detienen hasta verse refrendadas en los ojos de otro. El engañoso concepto del amor taladrando todos los vacíos.

Pero existe otra soledad, una que nos es propia, la que menciona Mónica en el cuento de Mansfield, y que no se relaciona con el amor de pareja. Es aquella, inmensa e insondable, que resulta de haber nacido en un mundo ajeno, en un mundo diseñado para otros que no son los de tu especie. Es abrir los ojos al instante mismo de nacer y percibir el aterrizaje en un lugar donde no te

esperaban, donde no fuiste bienvenida, donde a priori te instalaron como a un ser de segunda categoría. No importa tu clase ni tu raza: naciste castigada. Tu anatomía, sólo por ser femenina, será taladrada por la desigualdad milenaria; en ella golpeará la injusticia por ser la anatomía de una mujer. Y con ella auestas —lo sepas o no, tengas o no conciencia de ello— recorrerás la tierra como la perenne exiliada, como la última desheredada, maldita por habitar un espacio ya apropiado por otros, por ser arrojada al patio de atrás, a los rincones, siempre rincones retraídos y postergados.

Ésa es la soledad de las mujeres desde que el mundo se creó.

Invisibles. Suprimidas. Desoídas. Silenciadas. Habladas, escritas y contadas por otros, sin lenguaje, con una media modulación. Normadas sin haber dado su parecer. Hipotecadas. La capacidad escondida, la inteligencia subterránea. Ésa es la trayectoria de nuestros genes; éstos, los modelos hacia donde volver la vista. Ése es el libro de la historia. Y en él, un par de páginas para las *otras*, las que nadie logró domesticar, las que no se avinieron con las *virtudes femeninas*, las que quisieron distinguirse, las que no se sometieron. Sí, un par de páginas para las satanizadas, las que no alcanzan a aplacar nuestro desamparo ya que no contienen un solo *happy end*, sólo los altos precios que pagaron por su desacato, con sus propias vidas en los peores momentos, con su cordura en otros, pero pagando. Y siempre, siempre con la soledad sobre las espaldas.

Hubiera querido realizar un acto de magia: escribir el prólogo para un libro de cuentos de mujeres solas del próximo siglo y que éste incluyera sólo relatos nuevos. Si Elias Canetti tuvo razón y los escritores somos los centinelas de la metamorfosis, los testigos de los cambios sociales, ¿qué narraciones contendría ese libro? Sólo entonces podríamos comprobar si las últimas décadas de historia llegaron para quedarse, si el avance espectacular que las mujeres han protagonizado es irreversible o no, y sólo en ese instante seríamos capaces de desentrañar si la soledad era otra.

MARCELA SERRANO
Ciudad de México, junio de 2002

Una aventura

Sherwood Anderson

Alicia Hindman, que tenía ya veintisiete años cuando George Willard era todavía un muchacho, había pasado toda su vida en Winesburgo. Estaba empleada en el almacén de ultramarinos de Winney, y vivía en casa de su madre, casada en segundas nupcias. El padrastro de Alicia, pintor de coches, se daba a la bebida.

Tenía ella una historia muy extraña, y vale la pena que la cuente yo algún día.

Cuando Alicia cumplía veintisiete años era una muchacha alta y más bien delgada. Su cabeza, muy voluminosa, era lo que más se destacaba de su cuerpo; tenía la espalda un poco encorvada, los ojos y los cabellos negros. Era una mujer muy tranquila que ocultaba, bajo apariencias de placidez, un fermento interior en continua actividad.

Había corrido una aventura amorosa con cierto joven, siendo ella una chiquilla de dieciséis años. Por aquel entonces no había empezado todavía a trabajar en el almacén. El joven, que se llamaba Ned Currie, era mayor que Alicia. Estaba empleado, como George Willard, en el Winesburg Eagle; durante mucho tiempo se veía casi todas las noches con Alicia. Paseaban juntos bajo los árboles,

por las calles del pueblo, y hablaban del destino que darían a sus vidas. Alicia era entonces una chiquilla muy linda, y Ned Currie la estrechó entre sus brazos y la besó.

El joven se exaltó y dijo cosas que no pensaba decir. También Alicia se llenó de exaltación, porque la traicionó su deseo de que entrara en su existencia monótona un rayo de belleza; también ella habló, quebrose la corteza exterior de su vida, con toda su reserva y desconfianza características, y se entregó por completo a las emociones del amor. Ned Currie se marchó a Cleveland cuando ella iba a cumplir dieciocho años, esperando colocarse en un periódico de aquella ciudad y abrirse camino en el mundo. Alicia quería marcharse con él. Manifestó con voz temblorosa su oculto pensamiento.

—Yo trabajaré, y tú podrás también trabajar —díjole—. No quiero echarte encima una carga inútil que te impida progresar. No te cases ahora conmigo. Prescindiremos por el momento de ello, aunque vivamos juntos. Nadie murmurará de que habitemos en la misma casa, porque nadie nos conocerá en aquella ciudad y la gente no se fijará en nosotros.

Ned Currie se quedó confuso ante aquella decisión y entrega que de sí misma le hacía su novia; pero se sintió también conmovido. Su primer deseo había sido hacer de la muchacha su querida mas cambió de resolución. Pensó en protegerla y cuidar de ella.

—No sabes lo que dices —le contestó con aspereza—. Ten la seguridad de que no te consentiré que hagas semejante cosa. En cuanto consiga un buen empleo, regresaré. Por ahora tendrás que quedarte aquí. Es lo único que podemos hacer.

La víspera del día en que había de marcharse de Winesburgo para empezar su nueva vida en la ciudad, fue Ned Currie a buscar a Alicia. Empezaba a anochecer. Pasearon por las calles durante una hora; luego alquilaron un cochecillo en las caballerizas de Wesley Moyer y fueron a dar un paseo por el campo. Salió la luna, y los muchachos no supieron qué decirse. La tristeza hizo olvidar al joven los propósitos que había hecho respecto a su manera de conducirse con la muchacha.

Saltaron del coche junto a un extenso prado que descendía hasta el lecho del arroyo Wine, y allí, en la pálida claridad, fueron amantes. Cuando regresaron a la población, hacia medianoche, los dos estaban muy alegres. Parecíales que ningún acontecimiento futuro podría borrar la maravilla y la belleza de lo que acababa de ocurrir. Ned Currie dijo al despedirse de ella a la puerta de la casa de su padre:

—De aquí en adelante tendremos que seguir unidos, suceda lo que suceda.

El joven periodista no consiguió colocarse en Cleveland, y marchó hacia el Oeste, a Chicago. Durante algún tiempo sentía su soledad y escribía todos los días a Alicia. Pero la vida de la ciudad lo envolvió en su torbellino; fue teniendo amigos, y descubrió en la existencia nuevos motivos de atracción. Se hospedaba en Chicago en una pensión donde había varias mujeres. Una de ellas despertó su interés, y olvidó a Alicia, que se había quedado en Winesburgo. Antes de finalizar el año, dejó de escribirle, y sólo se acordaba de la muchacha muy de tarde en tarde, cuando se sentía solitario o paseaba por alguno de los parques de la ciudad y veía brillar la luz de

la luna sobre la hierba como brillaba aquella noche en el prado cercano al arroyo Wine.

La muchacha de Winesburgo, iniciada ya en el amor, fue creciendo hasta hacerse mujer. Cuando contaba ella veintidós años, falleció de repente su padre, que tenía una guarnicionería. Como el guarnicionero era un antiguo soldado, su viuda empezó a cobrar al cabo de algunos meses una pensión de viudedad. Invirtió el primer dinero que cobró en comprar un telar para dedicarse a tejer alfombras. Alicia consiguió un empleo en el almacén de Winney. Durante varios años no hubo nada capaz de hacerle creer que Ned Currie no acabaría volviendo a buscarla.

Se alegró de estar empleada, porque la diaria rutina del trabajo en el almacén hacía menos largo y aburrido el tiempo de la espera. Empezó a ahorrar dinero, con ánimo de ir a la ciudad en busca de su amante en cuanto tuviese ahorrados doscientos o trescientos dólares, a fin de intentar reconquistar su cariño con su presencia.

Alicia no censuraba a Ned Currie por lo que había ocurrido en el campo a la luz de la luna; pero experimentaba la sensación de que no sería capaz ya de casarse con otro hombre. Conceptuaba una monstruosidad la idea de entregar a otro lo que ella tenía conciencia de que sólo podía pertenecer a Ned. No hizo caso alguno de los jóvenes que procuraron atraer su interés. «Soy su mujer y continuaré siéndolo, vuelva o no vuelva», se decía a sí misma; y por muy dispuesta que estuviese a mirar por su propio interés, no habría sido capaz de comprender el ideal, cada vez más difundido hoy, de una mujer dueña de sus propios destinos, persiguiendo, en un toma y daca, su propia finalidad de la vida.

Alicia trabajaba en el almacén desde las ocho de la mañana hasta las seis de la noche, y tres tardes por semana volvía a trabajar de siete a nueve. Conforme fue pasando el tiempo y ella sintió cada vez más su soledad, empezó a poner en práctica los recursos comunes a todas las personas solitarias. Por la noche, cuando subía a su cuarto, se arrodillaba en el suelo para rezar, y en medio de sus rezos murmuraba las cosas que hubiera querido decir a su amante. Se aficionó a objetos inanimados, y no consintió que nadie pusiese mano en los muebles de su habitación, porque ésta era suya exclusivamente. Continuó ahorrando dinero, aun después de abandonar su propósito de irse a la ciudad en busca de Ned Currie.

El ahorro se convirtió para ella en un hábito adquirido, y cuando necesitaba comprar ropa nueva, se privaba de hacerlo. A veces, en tardes lluviosas, sacaba en el almacén su libreta de banco, y abriéndola, pasaba las horas muertas soñando cosas imposibles, a fin de economizar una cantidad de dinero suficiente para que ella y su futuro marido pudiesen vivir de sus rentas.

—A Ned le ha gustado siempre viajar —dijo—. Le daré oportunidad de hacerlo. Cuando estemos ya casados y pueda yo ahorrar su dinero y el mío, nos haremos ricos. Entonces podremos recorrer juntos todo el mundo.

Pasaban las semanas, convirtiéndose en meses, los meses en años, y Alicia esperaba todavía en el almacén de ultramarinos, soñando siempre con la vuelta de su amante. Su patrono, un anciano de pelo entrecano, dentadura postiza y bigotito ralo que le caía sobre la boca, era poco aficionado a la charla. En ocasiones, los días

lluviosos o los días de invierno en que el temporal se desencadenaba sobre la calle Mayor, transcurrían horas y horas sin que entrase un solo cliente. Alicia arreglaba y volvía a arreglar los géneros de la tienda. Permanecía en pie junto al escaparate, desde donde se podía observar la calle desierta, y pensaba en las noches en que paseaba con Ned Currie y en las cosas que éste le había dicho. «De aquí en adelante tendremos que ser el uno del otro.» Estas palabras resonaban una y otra vez en el cerebro de aquella mujer que iba entrando en años. Asomaban las lágrimas a sus ojos. A ratos, cuando había salido su patrono y ella se encontraba sola en el almacén, apoyaba la cabeza en el mostrador y lloraba. «Ned, te estoy esperando», murmuraba una y otra vez, y el temor, que se iba deslizando en su alma, de que no volviese nunca más adquirió cada día mayor fuerza.

La región que rodea a Winesburgo es deliciosa durante la época de primavera, después de las lluvias del invierno y antes de que lleguen los calurosos días del estío.

El pueblo se levanta en medio de una llanura; pero allende los sembrados surgen encantadoras extensiones de bosques. Hay en esas arboledas muchos pequeños rincones escondidos, lugares tranquilos adonde suelen ir a sentarse los enamorados las tardes de domingo. Entre los árboles se descubre la llanura, y se atisba desde allí a la gente de las granjas atareada en los corrales, y a las personas que van y vienen en carruaje por las carreteras. Repican las campanas en el pueblo, y de cuando en cuando pasa un tren que, visto de lejos, parece un juguete.

Pasaron algunos años después de la partida de Ned Currie sin que Alicia fuese al bosque los domingos con

otros jóvenes, pero cierto día, a los dos o tres años de la marcha de Ned, haciéndosele insoportable su soledad, se vistió con sus mejores ropas y salió del pueblo. Encontró un pequeño espacio abrigado, desde el cual podía distinguir el pueblo y una ancha faja de campo, y se sentó. Asaltóle el temor de su edad y de la inutilidad de todo lo que hiciese. No pudo permanecer sentada, y se levantó. Puesta en pie, al ir recorriendo con la mirada el paisaje, hubo algo —acaso el pensamiento de aquella vida no interrumpida jamás a través de la cadena de las estaciones del año— que le hizo fijar su atención en el tiempo que pasaba. Se dio cuenta de que había perdido la belleza y la frescura de la juventud, y se estremecía de temor. En aquel momento tuvo por primera vez la sensación de que la habían estafado. No le echaba la culpa a Ned Currie y no sabía tampoco a quién echársela. Se sintió invadida de tristeza; cayó de rodillas y se esforzó por rezar; pero en lugar de oraciones salieron de sus labios palabras de protesta. «No volverá ya a mí. No volveré a encontrar ya la felicidad. ¿Por qué trato de engañarme a mí misma?», exclamó, y se sintió poseída de una extraña sensación de alivio, procedente de aquel primer esfuerzo para enfrentarse con el miedo, que había llegado a ser una parte de su existencia diaria.

El año que Alicia cumplió los veinticinco, acontecieron dos cosas que rompieron la triste monotonía de sus días.

Su madre se casó con Bush Milton, el pintor de coches de Winesburgo, y ella, por su parte, ingresó en la Congregación de la Iglesia metodista. Alicia se amparó en la Iglesia porque había llegado a tener miedo de la

soledad de su vida. El segundo matrimonio de su madre había puesto más aún de relieve su aislamiento. «Me estoy haciendo vieja y rara. Si Ned vuelve, ya no me quedará. Los hombres de la ciudad donde él está viven en una perpetua juventud. Son tantas las cosas que allí ocurren, que no tienen tiempo de hacerse viejos», se decía a sí misma con una sonrisa de amargura. Empezó a relacionarse resueltamente con otras personas. Todos los martes, luego de cerrar el almacén, iba a una reunión religiosa que se celebraba en el sótano de la iglesia, y los domingos por la noche acudía a las reuniones de una Sociedad que se llamaba la Liga de Epworth.

Alicia no dijo que no cuando Will Hurley, un hombre de mediana edad, empleado en un almacén de drogas, y que pertenecía también a la iglesia, se ofreció a acompañarla hasta su casa. «Claro está que no consentiré que se acostumbre a venir conmigo; pero no veo peligro alguno en que venga de tiempo en tiempo», pensó, decidida siempre a continuar siendo fiel a Ned Currie.

Sin que ella misma se diera cuenta, Alicia intentaba asirse de nuevo a la vida, débilmente al principio, aunque luego con mayor resolución cada vez. Caminó en silencio junto al dependiente del almacén de drogas; pero más de un día, en la oscuridad, mientras andaban como dos estúpidos, alargó la mano para tocar suavemente los pliegues de su chaqueta. Cuando se despidió de ella frente a la puerta de la casa de su madre, Alicia, en vez de entrar en la casa, se quedó un momento junto a la puerta. Sentía impulsos de llamar al tendero aquel, de rogarle que se sentara con ella en la oscuridad del pórtico de la casa; pero temió que no comprendiese. «No es

a él a quien quiero —se dijo a sí misma—. Lo que busco es huir de mi gran soledad. Si no tomo precauciones, acabaré por desacostumbrarme del trato de la gente.»

A principios de otoño del año que cumplía los veintisiete, se apoderó de Alicia un desasosiego apasionado. No podía sufrir la compañía del dependiente de la droguería, y cuando llegaba él, al anoecer, para sacarla de paseo, lo despedía ella. Su cerebro trabajaba con una intensa actividad; volvía a casa, fatigada de permanecer largas horas detrás del mostrador, y se metía en la cama; pero no podía conciliar el sueño. Permanecía con los ojos muy abiertos, queriendo penetrar en la oscuridad. Su imaginación jugaba dentro del cuarto como un niño que se despierta tras de dormir muchas horas. En lo más profundo de su ser había algo que no se dejaba engañar con fantasías y exigía a la vida una respuesta bien definida.

Alicia cogió una almohada entre sus brazos y la apretó fuertemente contra su seno. Se echó fuera de la cama y arregló la manta de guisa que, en la oscuridad, abultaba como si hubiese alguien entre las sábanas; se arrodilló junto al lecho y acarició aquel bulto, susurrando una y otra vez cual una cantilena: «¿Por qué no sucede algo de improviso? ¿Por qué me dejan sola?». Aunque algunas veces se acordaba de Ned Currie, lo cierto es que no contaba ya con él. Sus deseos se habían hecho imprecisos. No suspiraba por Ned Currie ni por ningún otro hombre determinado. Quería ser amada, que hubiese algo que hiciera eco al llamamiento que surgía de su interior a cada instante con más brío.

Así las cosas, tuvo Alicia una aventura; fue en una noche de lluvia, y aquella aventura la llenó de terror y confusión. Había regresado del almacén a las nueve, y no encontró a nadie en casa. Bush Milton andaba por el pueblo, y su madre había ido a ver a una vecina. Alicia subió a su cuarto y se desvistió a oscuras. Permaneció un momento junto a la ventana, escuchando el ruido de las gotas que golpeaban los cristales, y de pronto se apoderó de ella un extraño deseo. Sin detenerse a pensar en lo que iba a hacer, echó a correr escalera abajo por la vivienda en tinieblas y se expuso a la lluvia que caía. Mientras permanecía en pie en el pequeño espacio sembrado de hierba que había frente a su casa, sintiendo correr por su cuerpo el agua fría, se adueñó por completo de ella un deseo loco de echar a correr desnuda por las calles.

Se imaginó que la lluvia ejercía sobre su cuerpo un influjo creador y maravilloso. Hacía muchos años que no se había sentido tan llena de juventud y energía. Sentía impulsos de saltar y correr, de gritar, topar con algún ser humano solitario y abrazarse a él. Por la acera enlosada se oyeron los torpes pasos de un hombre que iba camino de su casa. Alicia echó a correr. La poseía un capricho salvaje y desesperado. «¡Qué me importa quién sea! Está solo y me llegaré a él», pensó; y sin detenerse a reflexionar en las posibles consecuencias de su locura, lo llamó cariñosamente de este modo:

—¡Aguarde! No se marche. Sea usted quien sea, tiene que aguardar.

El hombre que pasaba por la acera se detuvo y se quedó escuchando. Era viejo y algo sordo. Se llevó la

mano a la boca para dar más resonancia a sus palabras y gritó con toda su fuerza:

—¿Cómo? ¿Qué dice?

Alicia se dejó caer al suelo, toda temblorosa. Tan asustada estaba, pensando en lo que había hecho, que, mientras el hombre seguía su camino, ella no tuvo valor para ponerse en pie, sino que se dirigió hasta su casa gateando sobre la hierba. Cuando llegó a su cuarto, se cerró por dentro y arrimó la mesa de tocador a la puerta. Su cuerpo tiritaba como si hubiese cogido frío, y era tal el temblor de sus manos que no podía ponerse el camisón. Se metió en la cama, hundió su rostro en la almohada y sollozó desconsoladamente. «¿Qué es lo que me pasa? Si no tomo precauciones, un día haré algún disparate horrible», pensaba. Se volvió de cara a la pared y procuró armarse de valor para acostumbrarse a la idea de que son muchas las personas que se ven obligadas a vivir y morir solitarias, aun en Winesburgo.